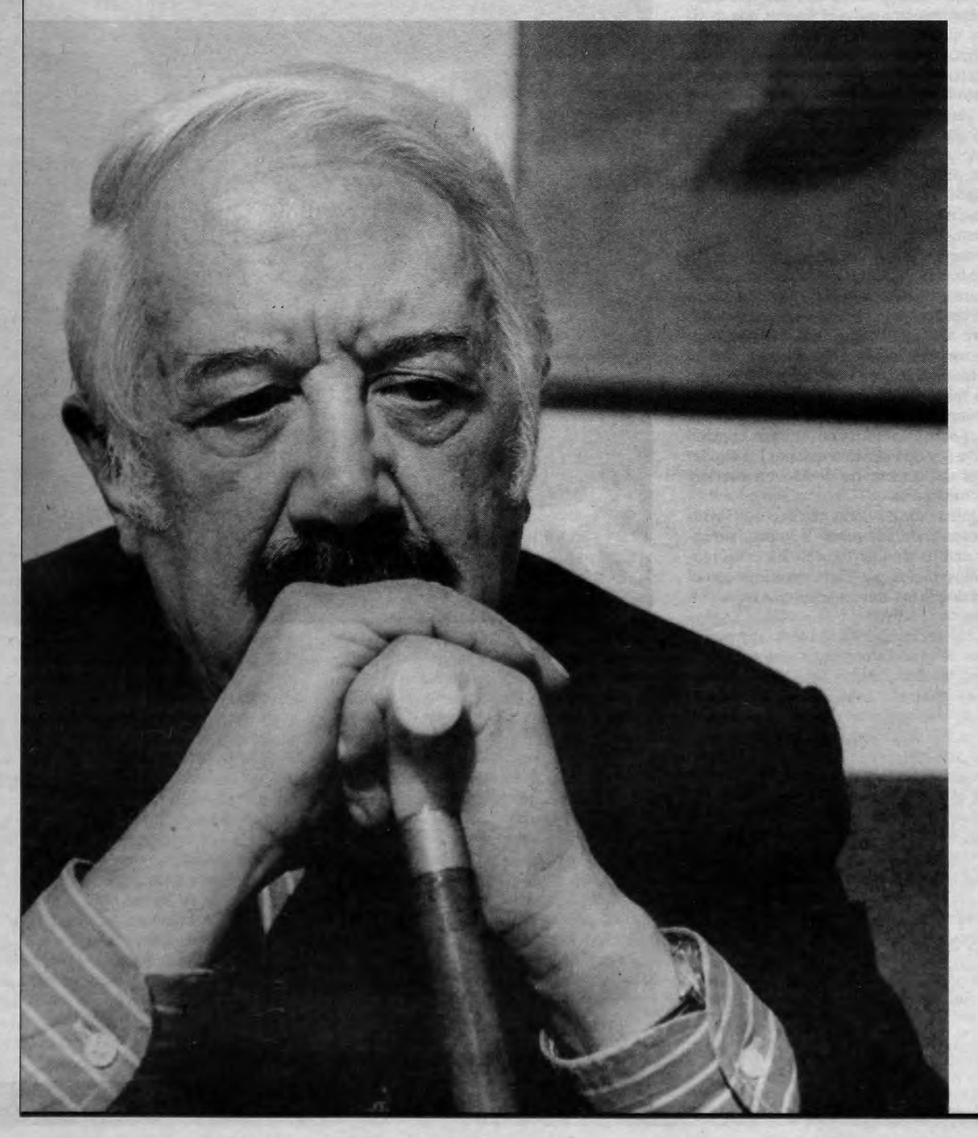
marco Denevi

Su aparición en la vida literaria argentina, como la de una estrella en la bóveda celeste, puede fecharse con precisión: 1955. Es el año en el que obtiene el premio Kraft por su novela *Rosaura a las diez*. Aunque su obra narrativa es muy variada, desde esa novela todo parece apuntar a un único problema, que a lo largo de su obra se oculta detrás de las más variadas apariencias: el cambio, la coexistencia de dos mundos, de dos personalidades. *Rosaura a las diez* no sólo es un problema planteado a la perfección; es también una especie de estructura-crucigrama que es el reflejo del tema de la narración. La historia de Rosaura (o mejor dicho, de Camilo Canegato) es vista (o narrada) por los protagonistas de la acción: la dueña de la pensión, el intelectual petulante, el mismo Camilo, la señorita Eufrasia Morales. Una carta final sirve para solucionar y dar alivio a las tensiones del suspenso creciente del problema. Cada personaje-narrador tiene una visión desde afuera del problema, pero a pesar de eso esta visión nunca llega a ser totalmente objetiva. Con esta subjetividad, Denevi consigue mostrarnos, al mismo tiempo que narra la acción, el comportamiento interno y externo del personaje-narrador. Aparecen entonces el hecho y la interpretación del hecho. Un rompecabezas narrativo. La realidad es un sueño. Sin duda *Rosaura a las diez* tiene muchos puntos en común con *La piedra lunar* de Wilkie Collins. "Lo único que hice fue imitar la estructura de la narración, o sea, construir la historia en base a las distintas versiones según la óptica de distintos personajes", dice Marco Denevi. "Se habló de plagio, pero, si esto es plagio, también *Los Idus de marzo*, lo sería y *Las relaciones peligrosas*, porque ambas son recopilaciones de cartas."

No ha dejado de escribir desde entonces, y desde entonces ha preferido permanecer "al margen". Independiente, lejos de cualquier escuela o grupo, nunca sabremos si se trata de una actitud premeditada o accidental. "¿Conoce ese refrán que dice que Vicente siempre va donde va la gente? Pues bien: yo no soy Vicente. Y le recuerdo otro refrán: sólo el pez muerto nunca nada contra la corriente."

Marco Denevi eligió "Anclado en París", de su libro *Cartas peligrosas* (1987), justificando su elección con estas palabras: "Lo elegí porque me parece que, desde el título, es una *cargada* contra la francofilia de muchos porteños, que no serían tan francófilos si al país hubiese llegado una inmigración masiva de franceses proletarios, pobrísimos e ignorantes, con los que poblar los sainetes a la par de los tanos, de los gallegos, de los turcos y de los judíos, mal llamados rusos. Hasta el tango está poblado de Mimí Pinsón, de Manon, de des Grieux de Chaunard, de Montmartre, del infaltable Quartier Latín, de nevadas en el boulevard. Se dice que es porque las *minas* prostibularias o cabareteras eran francesas. O porque París bendijo al tango antes que los propios argentinos y había que devolverle la atención. De todos modos París siempre fue el sueño de Buenos Aires. El protagonista de mi cuentito mantiene esa pasión dentro de los límites modestos pero peligrosos que finalmente le imponen un castigo despiadado".

El otro relato que publicamos, "La sonrisa de la Gorgona", que pertenece a *Reunión de desaparecidos*, de 1978, no fue seleccionado por Denevi. En él un hombre, en un monólogo alucinado, cuenta las razones que lo llevaron a asesinar a su mujer. ■



Por Marco Denevi

Dos relatos



Anclado en París

Desde que no sabemos quién le regaló el plano de París, Gayoldo Costume vivió doblado sobre ese mapa hasta aprendérselo de memoria. En días de lluvia solíamos quitarle el plano y, después de cerciorarnos, le preguntábamos, un suponer:

–Gayoldo, la rue Richer.

Ponía los ojos en blanco, jadeaba:

–Esperen. ¿La rue Richer? Noveno arrondissement, Opera. Va del Faubourg Poissoniere al Faubourg Montmartre. Ahí cambia de nombre y se llama rue de Provence.

Insistíamos:

–¿La estación del metro que esté más cerca?

–Cadet, en la rue de La Fayette.

Añadía precisiones increíbles:

–Caminan una cuadra, eso sí, larguísima, por la rue Saulnier, y llegan a la rue Richer. Ahí está el Follies Bergere si es lo que buscan.

Todavía no sabíamos que pronunciaba el francés que daba lástima.

A veces nos encarnizábamos, elegíamos una calle chiquita, medio perdida en los bordes del plano.

–Gayoldo, la rue Forceval.

Levantaba una mano como pidiendo tregua, se ponía bizco.

–Forceval, Forceval. 'Arrondissement diecinueve, La Villete. Va de la rue du Chemin de Fer hasta la rue Pasteur.

Un día Balbueno Iridial, misteriosamente enterado, le preguntó:

–Decime, Gayoldo. ¿Qué héroe argentino alquiló una casa en la rue de Provence por 1830?

Con la mortificación pintada en la cara Gayoldo gimió:

–Perdonen, muchachos, pero tanto como eso no sé. Yo sé lo que figura en el plano y gracias.

Y gracias decía la violeta, cuando cualquier otro, en su lugar, no habría aprendido ni la ubicación de la Torre Eiffel.

Niní Gabastú, que según ella vivió dos años en París aunque nunca aclaró haciendo qué, una vez nos dijo:

–Qué quieren jugarle a que ese infeliz no conoce una rue.

Y después, a él:

–Una curiosidad, Costume. ¿Dónde queda la rue du Soleil?

Lo miramos con angustia. Pero Gayoldo, sin ninguna dificultad de memoria, al contrario, tan campante, le contestó:

–Es una cortadita que está en Menilmontant. Nace en la rue de Belleville y no tiene salida.

Nosotros lo felicitamos efusivamente, pero Niní, mirándose la punta de la napia, se mandó una sonrisa de hiel:

–Es increíble. En París ni los policías supieron orientarme y tuve que tomar un taxi. Pero el chofer tampoco sabía y dimos tantas vueltas que el viaje me salió un ojo de la cara. De haberme acompañado usted, Costume, me habría ahorrado mis buenos francos.

Pero, apenas él se fue, Niní descargó la bilis:

–Ese cretino terminará mal. Porque miren que saber dónde está la rue du Soleil sin haber estado nunca en París, qué locura. Encima pronuncia el francés que da risa.

Entonces creímos que la ponzoña revuelta la hacía hablar así. Pero tenía razón: Gayoldo terminó mal.

Una vez el Negro Meléndez estaba empeñado en ir a Plaza Italia y a la calle Serrano para comprarse un revólver en una armería que había visto por esos lares. Gayoldo le previno que en la Place d'Italie no había ninguna rue Serrano, y nosotros nos miramos con alguna alarma. Otra vez me aconsejó que para llegar más rápido a la calle Montevideo (dijo rue Montevideo) me bajara en la estación Dauphine, caminara tres cuadras por el boulevar Flandrin y doblara a la izquierda por la rue de Longchamps. Disimulé mi congoja.

Una noche nos confió que lo esperaba una rubia en una esquina de Forest, cerca del cementerio. Nunca más lo volvimos a ver, pobre Gayoldo. Consultamos el plano de París y descubrimos que por los alrededores del cementerio de Montmartre hay una rue Forest.

Quién sabe las horas que se pasó Gayoldo esperando a la rubia. Y lo peor sin saber una palabra de francés. En estos momentos vagará por París sin atinar con el café donde los amigos seguimos recordándolo.

Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproducen aquí por gentileza del autor.

Por Marco Denevi

Dos relatos



Noticia biográfica de Guillermo Piro. Se reproducen aquí por gentileza del autor.

Anclado en París

Desde que no sabemos quién le regaló el plano de París, Gayoldo Costume vivió doblado sobre ese mapa hasta aprendérselo de memoria. En días de lluvia solíamos quitarle el plano y, después de cerciorarnos, le preguntábamos, un suponer:

–Gayoldo, la rue Richer.

Ponía los ojos en blanco, jadeaba:

–Esperen. ¿La rue Richer? Noveno arrondissement, Opera. Va del Faubourg Poissoniere al Faubourg Montmartre. Ahí cambia de nombre y se llama rue de Provence.

Insistíamos:

–¿La estación del metro que esté más cerca?

–Cadet, en la rue de La Fayette.

Añadía precisiones increíbles:

–Caminan una cuadra, eso sí, larguísima, por la rue Saulnier, y llegan a la rue Richer. Ahí está el Follies Bergere si es lo que buscan.

Todavía no sabíamos que pronunciaba el francés que daba lástima.

A veces nos encarnizábamos, elegíamos una calle chiquita, medio perdida en los bordes del plano.

–Gayoldo, la rue Forceval.

Levantaba una mano como pidiendo tregua, se ponía bizco.

–Forceval, Forceval. 'Arrondissement diecinueve, La Villete. Va de la rue du Chemin de Fer hasta la rue Pasteur.

Un día Balbueno Iridial, misteriosamente enterado, le preguntó:

–Decime, Gayoldo. ¿Qué héroe argentino alquiló una casa en la rue de Provence por 1830?

Con la mortificación pintada en la cara Gayoldo gimió:

–Perdonen, muchachos, pero tanto como eso no sé. Yo sé lo que figura en el plano y gracias.

Y gracias decía la violeta, cuando cualquier otro, en su lugar, no habría aprendido ni la ubicación de la Torre Eiffel.

Niní Gabastú, que según ella vivió dos años en París aunque nunca aclaró haciendo qué, una vez nos dijo:

–Qué quieren jugarle a que ese infeliz no conoce una rue.

Y después, a él:

–Una curiosidad, Costume. ¿Dónde queda la rue du Soleil?

Lo miramos con angustia. Pero Gayoldo, sin ninguna dificultad de memoria, al contrario, tan campante, le contestó:

–Es una cortadita que está en Menilmontant. Nace en la rue de Belleville y no tiene salida.

Nosotros lo felicitamos efusivamente, pero Niní, mirándose la punta de la napia, se mandó una sonrisa de hiel:

–Es increíble. En París ni los policías supieron orientarme y tuve que tomar un taxi. Pero el chofer tampoco sabía y dimos tantas vueltas que el viaje me salió un ojo de la cara. De haberme acompañado usted, Costume, me habría ahorrado mis buenos francos.

Pero, apenas él se fue, Niní descargó la bilis:

–Ese cretino terminará mal. Porque miren que saber dónde está la rue du Soleil sin haber estado nunca en París, qué locura. Encima pronuncia el francés que da risa.

Entonces creímos que la ponzoña revuelta la hacía hablar así. Pero tenía razón: Gayoldo terminó mal.

Una vez el Negro Meléndez estaba empeñado en ir a Plaza Italia y a la calle Serrano para comprarse un revólver en una armería que había visto por esos lares. Gayoldo le previno que en la Place d'Italie no había ninguna rue Serrano, y nosotros nos miramos con alguna alarma. Otra vez me aconsejó que para llegar más rápido a la calle Montevideo (dijo rue Montevideo) me bajara en la estación Dauphine, caminara tres cuadras por el boulevar Flandrin y doblara a la izquierda por la rue de Longchamps. Disimulé mi congoja.

Una noche nos confió que lo esperaba una rubia en una esquina de Forest, cerca del cementerio. Nunca más lo volvimos a ver, pobre Gayoldo. Consultamos el plano de París y descubrimos que por los alrededores del cementerio de Montmartre hay una rue Forest.

Quién sabe las horas que se pasó Gayoldo esperando a la rubia. Y lo peor sin saber una palabra de francés. En estos momentos vagará por París sin atinar con el café donde los amigos seguimos recordándolo.

La sonrisa de la Gorgona

Acabo de matar a mi mujer. No, no leíste mal; acabo de matarla. La maté mientras dormía. No tuvo tiempo de defenderse. Creo que ni siquiera tuvo tiempo de despertar del todo y darse cuenta de qué era esa cosa que le apretaba la garganta. Mejor así.

Después me afeité, me bañé, me vestí. Tengo puesto el traje azul, una camisa limpia, la corbata que tanto te gusta, de seda gris a rayas rojas y azules. Es la hora en que diariamente salgo para la oficina. Pero hoy iré a la seccional y me entregaré detenido. Voy a decirles como a vos: acabo de matar a mi mujer.

No pienso revelarles por qué la maté. Ni a la policía, ni al juez, ni al abogado defensor. A nadie. A vos sí. Vos me comprenderás. Por eso te escribo esta carta antes de ir a la comisaría. Estoy tranquilo, lúcido, no me da vergüenza confesar que no estoy arrepentido y que, en cierta forma, me siento feliz. Pondré la carta en un buzón de la calle y vos la recibirás cuando yo ya esté en un calabozo, candidato seguro a prisión perpetua.

Me comprenderás pero te cuesta creerlo. ¿O me equivoco? Cómo Ignacio pudo convertirse, así, de repente, en un asesino. No puede ser, los poetas son incapaces de matar una mosca. Sobre todo Ignacio, tan tímido, tan corto de genio, un muchacho que se emocionaba cuando leía sus propios poemas. Un pan de Dios, Ignacio. Dulce, sensible, de poco carácter. No puede ser, no puede ser. Esta carta es una broma de mal gusto.

Porque vos conocés a un Ignacio, al que iba a *tu* casa dos veces por semana, por eso te cuesta creerlo. Pero hay otro Ignacio, éste, éste que ahora te escribe desde su casa, y éste sí ha podido convertirse en un criminal.

Ya habrás empezado a sospechar que la maté por vos, y a sentirte culpable, cómplice. A vos te quería, te quiero, y a ella la odiaba. No la soportaba más. Terminé quitándola del medio como a un estorbo, la maté como quien tira por la ventanilla el papel de un caramelo que ya nos hemos comido. Eso estás imaginando.

No, Beatriz. No empecés a hacer suposiciones falsas. Te escribo para explicarte también esto. Para que comprendas también esto, no tiene nada que ver con el odio ni con el amor. Es otra cosa, ya verás.

La hubiese matado aunque nunca te hubiera conocido a vos, aunque ninguna otra mujer, fuera de la mía, tuviese para mí la menor importancia. La habría matado lo mismo, esto es lo que tenés que entender.

Que yo la odiase o no la odiase no interesa. Igual ella me habría obligado a matarla. Lo consiguió nada más que con una sonrisa, Beatriz, con una sonrisa. Una simple sonrisa es la única culpable de que ahora mi mujer esté muerta y a mí me espere la cárcel por todo el resto de mi vida. Una sonrisa, Beatriz. La sonrisa de la Gorgona.

¿Te acordás del mito de la Gorgona, que más de una vez te habré contado y con el que compuse aquel poema que me publicó *La Nación*, el único que me publicó, hace cinco años, antes de casarme? La Gorgona tenía una mirada que convertía a los hombres en estatuas de piedra. Hasta que Perseo la mató y porque la mató se lo consideró un héroe, un semidiós.

Pero yo he conocido la sonrisa de la Gorgona, una sonrisa con la que no me transformaba en piedra sino en barro, me dejaba vivo pero hecho un emplasto de barro, una masa blanda y amorfa. También yo he tenido que matar a la Gorgona. Pero a mí no me considerarán un héroe como Perseo. A mí me meterán en la cárcel, me condenarán, todo el mundo va a decir que me volví loco o que soy un sujeto despreciable. Cómo disimulaba, el desgraciado. Se hacía el santito, el buenito, el infeliz. Y ahora vean: mató a su mujer, en la cama, mientras ella dormía.

Recuerdo la primera vez que vi aparecer esa horrible sonrisa en sus labios. Fue cuando le dije que no me habían ascendido en el empleo. Llevábamos dos años de casados. Y de golpe, cuando se sonrió con aquella sonrisa, me pareció que era otra mujer, una desconocida, una intrusa que estaba ahí, en mi casa, yo no sabía cómo. Me pareció un ser extraño y perverso, alguien que no era ella sino otra que había venido desde muy lejos para martirizarme con esa sonrisa, nada más que para humillarme y herirme con la sonrisa. Tuve miedo. Miedo de que esa otra mujer no se fuera nunca y no se le borrara nunca la sonrisa, porque entonces yo no aguantaría.

Porque no sabés lo que era esa sonrisa. No, no podés imaginártelo. Tampoco era una sonrisa sino, qué sé yo, una mueca que le descomponía la boca. Era como un reflejo, una contracción visceral. Como si del estómago le subiese una arcada y la arcada, a mitad de camino, se deshiciese en un espasmo que al llegar a la boca la obligaba, contra su voluntad, a distender los labios en un rictus sardónico.

Y esa sonrisa no era un gesto fresco, no. Esa sonrisa había estado madurando largo tiempo dentro de ella, se le había asomado ya madura, ya podrida. Esa sonrisa brotaba de todo un pasado, de convicciones anteriores, de una lenta elaboración previa. En esa sonrisa putrefacta culminaban sospechas, pensamientos hasta entonces rumiados en silencio. Sonriéndose así mi mujer, sin darse cuenta, se vendía, y era yo el que de ese modo adivinaba que ella ya sabía que yo no sería ascendido y que ahora, al enterarse, no me hacía ninguna pregunta, ni siquiera ningún reproche porque para ella no resultaba ninguna novedad. Sólo la sonrisa, como un bostezo de la resignación y del desprecio, se le subía a la boca y ella no podía evitarlo.

Me sentí tan abochornado que creo que me ruboricé, empecé a tartamudear. En seguida me callé y seguimos comiendo en silencio. No me atrevía a mirarla a la cara. Tenía pánico de enfrentarme nuevamente con su sonrisa. Así empecé a ser un blanduzco y tembloroso monigote de barro.

La sonrisa iba a reaparecer a lo largo de estos últimos años, cada vez con mayor frecuencia. Primero necesitaba de alguna provocación. Por ejemplo, que yo no ganase un concurso literario, que me pagasen tres mil pesos por un artículo en una revista, que no nos alcanzara el sueldo para ir a veranear. O cuando le propuse ir ahorrando unos pesos todos los meses y, con lo ahorrado, costearme la edición de mi primer libro de poesía, un proyecto que esa sola sonrisa me desbarató.

Después la sonrisa ya no necesitó ningún estímulo. Aparecía en cualquier momento, como un tic nervioso. Estábamos en casa de unos amigos. Yo, con una copa de más, contaba un chiste o me largaba a discursear sobre literatura. Y de golpe, al girar la vista, tropezaba con la sonrisa de la Gorgona que me acechaba desde un rincón. Soy tímido, te consta. Pero no sabés que también soy cobarde. Me bastaba aquella sonrisa para que toda mi euforia, mi alegría, hasta mi ligera borrachera se me fuesen. Me parecía que por la boca de mi mujer salía a la superficie el desprecio de todos los que me rodeaban, un desprecio que los otros escondían por buena educación o por piedad, pero que se filtraba a través de los labios de la única persona que no estaba obligada a perdonarme que yo fuese un pobre diablo. Yo inmediatamente me sentía ese pobre diablo, un imbécil que debía echar los bofes en una oficina para parar la olla mientras se las daba de poeta y, en presencia de escritores de veras, se atrevía a pontificar sobre Neruda o a criticar a Octavio Paz, ellos sí ricos, famosos, cargados de honores. Me quedaba callado, avergonzado hasta de mi ropa, hasta de mis uñas. Convertido otra vez en un emplasto de barro.

Los demás sacaban a relucir cuánto ganaban con sus libros, o nos daban la noticia de que se iban a Europa, becados, invitados. Todos hablaban de viajes, de premios, de ediciones agotadas. Todos estaban al tanto de lo que sucedía en las altas esferas. Todos habían estado en las mismas fiestas, en los mismos conciliábulos secretos donde se decide el destino de los escritores. Citaban nombres célebres como si fueran de amigotes suyos. Sus mujeres vestían a la última moda. Inauguraban departamentos lujosos, se compraban automóviles último modelo. Conseguían ser nombrados agregados culturales en el exterior, directores del Fondo de las Artes, asistían a congresos en París, en Florencia, en Acapulco. Qué habilidad, qué astucia tenían.

Yo no disponía sino de los chismes de mi oficina, de un poema publicado en un diarucho del interior, de Europas leídas en los libros. Ya no me atrevía a exhibir esas miserias delante de mis amigos. La amenaza de la sonrisa de Medusa me tenía escarmentado. Pero igual la sonrisa hacía su aparición aunque yo no dijese una sola palabra. Detesté a mis amigos. Terminé por alejarme de todos ellos.

Fue inútil. La sonrisa siguió acosándome. En nuestro departamento minúsculo como una ratonera, los dos a solas, era todavía peor. La sonrisa se instalaba en la cocina a la hora de comer, en el pequeño living mientras mirábamos televisión, en el dormitorio. Ya no tenía con qué eludirla, no sabía cómo defenderme, no podía simular que no me daba cuenta de que la sonrisa estaba ahí, con nosotros dos, entre nosotros dos, repugnante como un murciélago. Llegué, en mi cobardía, a no levantar los ojos en presencia de mi mujer ni cuando ella me hablaba, sólo para evitar, no ya su sonrisa que de todos modos me llegaba como el olor de un cadáver, sino la humillación de mi mirada sometida, de mi mirada envilecida y sucia. Pero lo único que conseguía así era demostrarle que su sonrisa había triunfado, que su sonrisa me había convertido en un montón de barro.

Entonces, para poder seguir viviendo, te busqué a vos. Para vos yo era un hombre cabal, un poeta talentoso. A vos no te importaba que mientras tanto ganase un sueldo miserable. Tenías confianza en mí. Me admirabas. Cuántas veces me dijiste: es cuestión de esperar, ya te llegará la hora. Me sostenías, me hacías fuerte. A tu lado yo recuperaba la fe en mí mismo, todas mis ilusiones. Rehacía mi carácter.

Gracias a vos seguí escribiendo aunque los editores rechazaran mis manuscritos porque, se disculpaban, "la poesía no se vende". Tenían razón. La poesía, como el amor, no se vende. Ni a vos ni a mí, en realidad, nos importaba. Los dos sabíamos que el oficio del poeta es otro. Es como el del amante: hallar un ser amado con el que vivir un goce secreto, un éxtasis íntimo y misterioso del que no participan sino ellos dos. Yo te había encontrado a vos. Vos y yo celebrábamos ese rito. Yo leía en voz alta mis poemas y vos me escuchabas con la expresión inconfundible del amor. Me decías: Ignacio, es hermosísimo. Y yo, en ese momento, era todavía más feliz que Dante Alighieri cuando las mujeres de Ravenna, a su paso, lo señalaban con el dedo y murmuraban: Ese, ése es el que se pasea por el cielo y por el infierno.

Pero hace tiempo que no escribo una línea. La sonrisa de la Gorgona me lo ha impedido. Cada vez que intenté sentarme a escribir, el recuerdo de la sonrisa me heló todos los pensamientos, me paralizó la mano. Después de dos años de soportar la tortura, el maleficio de la sonrisa de la Gorgona me transformó definitivamente en una estatua de barro.

Sólo que las estatuas de barro pueden desmoronarse y ahogar a quien esté debajo. Fue lo que me sucedió esta mañana. Cuando me desperté y salté de la cama, me volví a mirar a mi mujer. Entonces vi que se sonreía. Aun dormida, la sonrisa le brotaba como una horrible flor del sueño. Aun en sus sueños yo era un infeliz, un pobre diablo. Mientras los dos dormíamos la sonrisa seguía licuándome, seguía disolviéndome. Yo no tenía escapatoria. De golpe me derrumbé y la ahogué bajo mi propio barro. He conseguido, por fin, matar la sonrisa de la Gorgona.

Ahora he vuelto a ser un hombre de carne y hueso. Ella ya no podrá inocularme el veneno de su sonrisa. Y vos podrás confiar en mí. En la cárcel volveré a escribir versos y quizá (un poeta asesino es un buen gancho publicitario) algún editor me los publique. Entre tanto tu recuerdo me salvará de la desesperación y de la locura, me sostendrá la esperanza de volver un día a la libertad.

Pondré la carta en un sobre y en la cubierta del sobre escribiré: "Para Beatriz, mi novia". Nada más. Ninguna dirección de la destinataria, ninguna seña del remitente. Los empleados del correo maliciarán alguna broma y, como les está prohibido abrir la correspondencia, nunca sabrán que desde algún lugar remoto vos ya habrás leído estas líneas que te escribí unos minutos después de matarte. ■

La sonrisa de la Gorgona

Acabo de matar a mi mujer. No, no leíste mal; acabo de matarla. La maté mientras dormía. No tuvo tiempo de defenderse. Creo que ni siquiera tuvo tiempo de despertar del todo y darse cuenta de qué era esa cosa que le apretaba la garganta. Mejor así.

Después me afeité, me bañé, me vestí. Tengo puesto el traje azul, una camisa limpia, la corbata que tanto te gusta, de seda gris a rayas rojas y azules. Es la hora en que diariamente salgo para la oficina. Pero hoy iré a la seccional y me entregaré detenido. Voy a decirles como a vos: acabo de matar a mi mujer.

No pienso revelarles por qué la maté. Ni a la policía, ni al juez, ni al abogado defensor. A nadie. A vos sí. Vos me comprenderás. Por eso te escribo esta carta antes de ir a la comisaría. Estoy tranquilo, lúcido, no me da vergüenza confesar que no estoy arrepentido y que, en cierta forma, me siento feliz. Pondré la carta en un buzón de la calle y vos la recibirás cuando yo ya esté en un calabozo, candidato seguro a prisión perpetua.

Me comprenderás pero te cuesta creerlo. ¿O me equivoco? Cómo Ignacio pudo convertirse, así, de repente, en un asesino. No puede ser, los poetas son incapaces de matar una mosca. Sobre todo Ignacio, tan tímido, tan corto de genio, un muchacho que se emocionaba cuando leía sus propios poemas. Un pan de Dios, Ignacio. Dulce, sensible, de poco carácter. No puede ser, no puede ser. Esta carta es una broma de mal gusto.

Porque vos conocés a un Ignacio, al que iba a *tu* casa dos veces por semana, por eso te cuesta creerlo. Pero hay otro Ignacio, éste, éste que ahora te escribe desde su casa, y éste sí ha podido convertirse en un criminal.

Ya habrás empezado a sospechar que la maté por vos, y a sentirte culpable, cómplice. A vos te quería, te quiero, y a ella la odiaba. No la soportaba más. Terminé quitándola del medio como a un estorbo, la maté como quien tira por la ventanilla el papel de un caramelo que ya nos hemos comido. Eso estás imaginando.

No, Beatriz. No empecés a hacer suposiciones falsas. Te escribo para explicarte también esto. Para que comprendas también esto, no tiene nada que ver con el odio ni con el amor. Es otra cosa, ya verás.

La hubiese matado aunque nunca te hubiera conocido a vos, aunque ninguna otra mujer, fuera de la mía, tuviese para mí la menor importancia. La habría matado lo mismo, esto es lo que tenés que entender.

Que yo la odiase o no la odiase no interesa. Igual ella me habría obligado a matarla. Lo consiguió nada más que con una sonrisa, Beatriz, con una sonrisa. Una simple sonrisa es la única culpable de que ahora mi mujer esté muerta y a mí me espere la cárcel por todo el resto de mi vida. Una sonrisa, Beatriz. La sonrisa de la Gorgona.

¿Te acordás del mito de la Gorgona, que más de una vez te habré contado y con el que compuse aquel poema que me publicó *La Nación*, el único que me publicó, hace cinco años, antes de casarme? La Gorgona tenía una mirada que convertía a los hombres en estatuas de piedra. Hasta que Perseo la mató y porque la mató se lo consideró un héroe, un semidiós.

Pero yo he conocido la sonrisa de la Gorgona, una sonrisa con la que no me transformaba en piedra sino en barro, me dejaba vivo pero hecho un emplasto de barro, una masa blanda y amorfa. También yo he tenido que matar a la Gorgona. Pero a mí no me considerarán un héroe como Perseo. A mí me meterán en la cárcel, me condenarán, todo el mundo va a decir que me volví loco o que soy un sujeto despreciable. Cómo disimulaba, el desgraciado. Se hacía el santito, el buenito, el infeliz. Y ahora vean: mató a su mujer, en la cama, mientras ella dormía.

Recuerdo la primera vez que vi aparecer esa horrible sonrisa en sus labios. Fue cuando le dije que no me habían ascendido en el empleo. Llevábamos dos años de casados. Y de golpe, cuando se sonrió con aquella sonrisa, me pareció que era otra mujer, una desconocida, una intrusa que estaba ahí, en mi casa, yo no sabía cómo. Me pareció un ser extraño y perverso, alguien que no era ella sino otra que había venido desde muy lejos para martirizarme con esa sonrisa, nada más que para humillarme y herirme con la sonrisa. Tuve miedo. Miedo de que esa otra mujer no se fuera nunca y no se le borrara nunca la sonrisa, porque entonces yo no aguantaría.

Porque no sabés lo que era esa sonrisa. No, no podés imaginártelo. Tampoco era una sonrisa sino, qué sé yo, una mueca que le descomponía la boca. Era como un reflejo, una contracción visceral. Como si del estómago le subiese una arcada y la arcada, a mitad de camino, se deshiciese en un espasmo que al llegar a la boca la obligaba, contra su voluntad, a distender los labios en un rictus sardónico.

Y esa sonrisa no era un gesto fresco, no. Esa sonrisa había estado madurando largo tiempo dentro de ella, se le había asomado ya madura, ya podrida. Esa sonrisa brotaba de todo un pasado, de convicciones anteriores, de una lenta elaboración previa. En esa sonrisa putrefacta culminaban sospechas, pensamientos hasta entonces rumiados en silencio. Sonriéndose así mi mujer, sin darse cuenta, se vendía, y era yo el que de ese modo adivinaba que ella ya sabía que yo no sería ascendido y que ahora, al enterarse, no me hacía ninguna pregunta, ni siquiera ningún reproche porque para ella no resultaba ninguna novedad. Sólo la sonrisa, como un bostezo de la resignación y del desprecio, se le subía a la boca y ella no podía evitarlo.

Me sentí tan abochornado que creo que me ruboricé, empecé a tartamudear. En seguida me callé y seguimos comiendo en silencio. No me atrevía a mirarla a la cara. Tenía pánico de enfrentarme nuevamente con su sonrisa. Así empecé a ser un blanduzco y tembloroso monigote de barro.

La sonrisa iba a reaparecer a lo largo de estos últimos años, cada vez con mayor frecuencia. Primero necesitaba de alguna provocación. Por ejemplo, que yo no ganase un concurso literario, que me pagasen tres mil pesos por un artículo en una revista, que no nos alcanzara el sueldo para ir a veranear. O cuando le propuse ir ahorrando unos pesos todos los meses y, con lo ahorrado, costearme la edición de mi primer libro de poesía, un proyecto que esa sola sonrisa me desbarató.

Después la sonrisa ya no necesitó ningún estímulo. Aparecía en cualquier momento, como un tic nervioso. Estábamos en casa de unos amigos. Yo, con una copa de más, contaba un chiste o me largaba a discursear sobre literatura. Y de golpe, al girar la vista, tropezaba con la sonrisa de la Gorgona que me acechaba desde un rincón. Soy tímido, te consta. Pero no sabés que también soy cobarde. Me bastaba aquella sonrisa para que toda mi euforia, mi alegría, hasta mi ligera borrachera se me fuesen. Me parecía que por la boca de mi mujer salía a la superficie el desprecio de todos los que me rodeaban, un desprecio que los otros escondían por buena educación o por piedad, pero que se filtraba a través de los labios de la única persona que no estaba obligada a perdonarme que yo fuese un pobre diablo. Yo inmediatamente me sentía ese pobre diablo, un imbécil que debía echar los bofes en una oficina para parar la olla mientras se las daba de poeta y, en presencia de escritores de veras, se atrevía a pontificar sobre Neruda o a criticar a Octavio Paz, ellos sí ricos, famosos, cargados de honores. Me quedaba callado, avergonzado hasta de mi ropa, hasta de mis uñas. Convertido otra vez en un emplasto de barro.

Los demás sacaban a relucir cuánto ganaban con sus libros, o nos daban la noticia de que se iban a Europa, becados, invitados. Todos hablaban de viajes, de premios, de ediciones agotadas. Todos estaban al tanto de lo que sucedía en las altas esferas. Todos habían estado en las mismas fiestas, en los mismos conciliábulos secretos donde se decide el destino de los escritores. Citaban nombres célebres como si fueran de amigotes suyos. Sus mujeres vestían a la última moda. Inauguraban departamentos lujosos, se compraban automóviles último modelo. Conseguían ser nombrados agregados culturales en el exterior, directores del Fondo de las Artes, asistían a congresos en París, en Florencia, en Acapulco. Qué habilidad, qué astucia tenían.

Yo no disponía sino de los chismes de mi oficina, de un poema publicado en un diarucho del interior, de Europas leídas en los libros. Ya no me atrevía a exhibir esas miserias delante de mis amigos. La amenaza de la sonrisa de Medusa me tenía escarmentado. Pero igual la sonrisa hacía su aparición aunque yo no dijese una sola palabra. Detesté a mis amigos. Terminé por alejarme de todos ellos.

Fue inútil. La sonrisa siguió acosándome. En nuestro departamento minúsculo como una ratonera, los dos a solas, era todavía peor. La sonrisa se instalaba en la cocina a la hora de comer, en el pequeño living mientras mirábamos televisión, en el dormitorio. Ya no tenía con qué eludirla, no sabía cómo defenderme, no podía simular que no me daba cuenta de que la sonrisa estaba ahí, con nosotros dos, entre nosotros dos, repugnante como un murciélago. Llegué, en mi cobardía, a no levantar los ojos en presencia de mi mujer ni cuando ella me hablaba, sólo para evitar, no ya su sonrisa que de todos modos me llegaba como el olor de un cadáver, sino la humillación de mi mirada sometida, de mi mirada envilecida y sucia. Pero lo único que conseguía así era demostrarle que su sonrisa había triunfado, que su sonrisa me había convertido en un montón de barro.

Entonces, para poder seguir viviendo, te busqué a vos. Para vos yo era un hombre cabal, un poeta talentoso. A vos no te importaba que mientras tanto ganase un sueldo miserable. Tenías confianza en mí. Me admirabas. Cuántas veces me dijiste: es cuestión de esperar, ya te llegará la hora. Me sostenías, me hacías fuerte. A tu lado yo recuperaba la fe en mí mismo, todas mis ilusiones. Rehacía mi carácter.

Gracias a vos seguí escribiendo aunque los editores rechazaran mis manuscritos porque, se disculpaban, "la poesía no se vende". Tenían razón. La poesía, como el amor, no se vende. Ni a vos ni a mí, en realidad, nos importaba. Los dos sabíamos que el oficio del poeta es otro. Es como el del amante: hallar un ser amado con el que vivir un goce secreto, un éxtasis íntimo y misterioso del que no participan sino ellos dos. Yo te había encontrado a vos. Vos y yo celebrábamos ese rito. Yo leía en voz alta mis poemas y vos me escuchabas con la expresión inconfundible del amor. Me decías: Ignacio, es hermosísimo. Y yo, en ese momento, era todavía más feliz que Dante Alighieri cuando las mujeres de Ravenna, a su paso, lo señalaban con el dedo y murmuraban: Ese, ése es el que se pasea por el cielo y por el infierno.

Pero hace tiempo que no escribo una línea. La sonrisa de la Gorgona me lo ha impedido. Cada vez que intenté sentarme a escribir, el recuerdo de la sonrisa me heló todos los pensamientos, me paralizó la mano. Después de dos años de soportar la tortura, el maleficio de la sonrisa de la Gorgona me transformó definitivamente en una estatua de barro.

Sólo que las estatuas de barro pueden desmoronarse y ahogar a quien esté debajo. Fue lo que me sucedió esta mañana. Cuando me desperté y salté de la cama, me volví a mirar a mi mujer. Entonces vi que se sonreía. Aun dormida, la sonrisa le brotaba como una horrible flor del sueño. Aun en sus sueños yo era un infeliz, un pobre diablo. Mientras los dos dormíamos la sonrisa seguía licuándome, seguía disolviéndome. Yo no tenía escapatoria. De golpe me derrumbé y la ahogué bajo mi propio barro. He conseguido, por fin, matar la sonrisa de la Gorgona.

Ahora he vuelto a ser un hombre de carne y hueso. Ella ya no podrá inocularme el veneno de su sonrisa. Y vos podrás confiar en mí. En la cárcel volveré a escribir versos y quizá (un poeta asesino es un buen gancho publicitario) algún editor me los publique. Entre tanto tu recuerdo me salvará de la desesperación y de la locura, me sostendrá la esperanza de volver un día a la libertad.

Pondré la carta en un sobre y en la cubierta del sobre escribiré: "Para Beatriz, mi novia". Nada más. Ninguna dirección de la destinataria, ninguna seña del remitente. Los empleados del correo maliciarán alguna broma y, como les está prohibido abrir la correspondencia, nunca sabrán que desde algún lugar remoto vos ya habrás leído estas líneas que te escribí unos minutos después de matarte. ■

MUSICA

28 - 22 hs.
VOY A AGRANDAR EL FOGON
Mario Triviño Montiel.
Canto sureño Mirta Luz - folklore.
Grupo de Danzas Santa Ana.
Instituto de Artes Visuales "Miguel Angel", Belgrano 2879.

Del 19 al 28
VIII CAMPUS MUSICA DE CAMARA
Organiza: Fundación Cultural Argentina.
Informes: Tel. 74-5727.
Estancia Santa María de la Armonía, Ruta 2 km 382,5 Cobo.

28 - 22 hs.
ALGUIEN LE DICE AL TANGO
Grupo Vocal Arsis Nova.
Ganador Premio Estrella de Mar '98 al "Mejor Espectáculo Musical Marplatense".
Alianza Francesa, La Rioja 2065.
Entrada: General $ 7 - Jubilados y estudiantes: $ 5.

24 - 22 hs.
CHAYANNE
Venta de entradas, hasta el 21 en la Taba, Peatonal San Martín y Córdoba, del 22 al 24 únicamente en el Polideportivo.
Estadio Polideportivo, Av. Juan B. Justo y España.

27 y 28 - 23 hs.
NUEVAS AVENTURAS A DOS PIANOS
Jorge Navarro y Baby López Furst.
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central.
Entrada: $ 10 y $ 8.

27 - 21 hs.
ORQUESTA SINFONICA MUNICIPAL
Obertura "Ruy Blas".
Sinfonía Nº 2, para solistas, coro y orquesta.
Solistas: Edith Villalba, soprano. Patricia Campos. Hugo Ponce, tenor. Coral "Carmina".
Catedral de los Santos Pedro y Cecilia, Mitre 1780.

28 - 20 hs.
CICLO DE CONCIERTOS DE MUSICA DE GUITARRA
Asociación Guitarrística Marplatense.
Colegio de Martilleros y Corredores Públicos, Bolívar 2958.
Entrada: libre y gratuita.

TEATRO

Domingos - 22.30 hs.
ES BUENO MIRARSE EN SU PROPIA SOMBRA
Espectáculo de Luisa Calcumil.
Centro Cultural Cortázar, Mitre 2451.

Viernes a martes - 21.45 y 23.30 hs.
MAS PINAS QUE LAS GALLUTAS
Emilio Disi - Tristán - Marixa Balli - Cris Miró.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.

Miércoles a lunes - 21.30 hs.
EDUCANDO AL NENE
Humor - Sátira.
Teatro del Centro Médico, San Luis 1978.

Lunes, miércoles, viernes y domingo - 22 hs.

La Rambla

GUÍA DE MAR DEL PLATA



LA RATONERA
Cía. de Comedias Universales.
Centro Cultural Carlos Carella, Rivadavia 2574.

Jueves a lunes - 22 hs.
CAMINO NEGRO
Grupo Tándem.
Con Analía Caviglia, Sergio Lanchas, José Ricci y Mercedes Mouse.
Asociación Bancaria, San Luis 2069.
Entrada: $ 8 y $ 5.

Martes a domingo - 22 hs. Sábados 21.30 y 23.30 hs.
EL MUNDO DE CARMEN FLORES
Carmen Flores - Miguel Jordán y Ballet Hispania.
Teatro Tronador, Santiago del Estero 1752.
Entrada: Desde $ 10

Martes a domingo - 21.30 hs.
HAMLET
Teatro Independencia, Av. Independencia 1462.

Diariamente - 21.30 y 23.30 hs.
LA DAMA Y LOS VAGABUNDOS
Nito Artaza - Moria Casán - Miguel A. Cerutti.
Teatro Atlas, Av. Luro 2284.
Entrada: Desde $ 10.

Martes a domingo - 23.15 hs.
LA LUPA
Humor con aumento.
Hotel Provincial, Sala La Nona. Bv. Marítimo 2502.
Entrada: $ 10.

Martes a domingo - 21.45 hs.
LOCOS DE CONTENTO
Hotel Provincial, Sala La Nona. Bv. Marítimo 2502.
Entrada: $ 10 y $ 8.

Martes a domingo
SINCRO
Dady Brieva y Chino Volpato.
Teatro Neptuno, Santa Fe 1751.
22 hs. viernes y sábados 22 y 23.45 hs.
Entrada: Desde $ 15.

Miércoles a domingo
CHEESE CAKE
Con Mercedes Carreras, Juan Carlos Dual, Diana Maggi y Zulma Faiad.
Teatro Enrique Carreras, Entre Ríos 1828.
22 hs. Sábados y domingos 21 y 23 hs.
Entrada: Desde $ 10.

Miércoles a domingo - 21.30 hs.
DOS DAMAS INDIGNAS
Thelma Biral y Luisa Kuliok.
Teatro Hermitage, Bv. Marítimo y Sarmiento

Miércoles a domingo
MUCHAS PELUCAS PARA UN SOLO CALVO
Unipersonal Eduardo Calvo.
Teatro del Centro Médico, San Luis 1978.
23.15 hs.

Miércoles a domingo - 20.30 hs.
QUE DIFICIL ES DECIR ADIOS
Con María Concepción César, Alfonso de Grazia y Marcos Zucker.
Teatro R. J. Payró - Rambla Casino Central. Bv. Marítimo 2274 3º piso.
Entrada: $ 14 y $ 8.

Miércoles a domingo - 22 hs.
VITA Y VIRGINIA
Leonor Benedetto y Elena Tasisto.
Teatro Municipal Colón, Hipólito Yrigoyen 1665.

Jueves a domingo - 23 hs. Sábado 23 y 0.45 hs.
RICOS Y FOGOSOS
Jorge Corona y Silvia Süller. Gran Hotel Provincial, Bv. Marítimo 2500.
Entrada: Desde $ 10.

Jueves a domingo - 22.30 hs.
SARDINAS AHUMADAS
Con Victoria Carreras y María Marchi.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman. Edificio Casino Central.

Viernes a domingo - 21 hs.
DESNUDA DE TERCIOPELO
Unipersonal de Mónica Alfonso.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman. Edificio Casino Central.

Lunes a viernes - 20.30 hs.
EL AVARO
Centro Cultural Cortázar, Mitre 2451.
Entrada: sistema a gorra.

Martes, jueves y sábados
LA INQUISICION
Cía. de Comedias Universales.
Centro Cultural Carlos Carella. Rivadavia 2574 - 22 hs.

Miércoles a jueves
A CORAZON ABIERTO
Gerardo Romano.
Teatro Corrientes, Corrientes 1766.
21.30 y 23.30 hs.
Entrada: $ 20.

Miércoles y jueves
TIEMPO DE NOSTALGIA
Teatro leído. Homero Cárpena, Haydée La Roca, Jorge Crisol, Carlos Madariaga.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo 3202.
19.45 y 19.30 hs. respectivamente.
Entrada gratuita

25 y 26
ROSAS ROJAS PARA DOS DAMAS TRISTES
Comedia marplatense.
Teatro Auditorium, Sala Gregorio Nachman. Edificio Casino Central.
21 hs.
Entrada: $ 6 y $ 4.

Jueves a lunes
¿YO? ACTOR
Humor unipersonal.
Teatro Independencia, Avda. Independencia 1462.
1 h. lunes 23.15 hs.

Jueves a sábado
SUR - REALISMO
Unipersonal Nora Fernández.
Centro Cultural Cortázar, Mitre 2451 - 22.30 hs.

26 - 22 hs.
DE MISERICORDIA (DEVOTOS Y SUICIDAS)
Escuela Municipal de Arte Dramático.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca.
Entrada: $ 4 y $ 3.

Viernes y sábados - 22 hs.
ANCLADO EN MADRID
Gustavo Fraga - Martín Zapata.
Centro Cultural "Juan Martín de Pueyrredón", 25 de Mayo y Catamarca.
Entrada: $ 6 y $ 3

Viernes y sábados - 24 hs.
DE LOS INNUMERABLES DESENCUENTROS DE DOS SUICIDAS EN UNA CORNISA
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla, Edifico Casino Central.
Entrada: $ 6 y $ 3.

Sábado - 21 hs.
EL ESCORIAL
Carlos Basualdo - Rubén Secul.
Dirección: Carlos Owens.
Centro Cultural Cortázar, Mitre 2451.
Entrada: $ 4.

27 y 28 - 21 hs.
LA CAMPOY EN VIVO
Teatro Auditorium, Sala Astor Piazzolla, Edificio Casino Central.
Entrada: $ 10 y $ 8

DEPORTES

Del 5 al 7
Rally nacional
Programación:
Día 5: Circuito la Cucharita, Ruta 2 km. 392.
10 a 15 hs. Pruebas de entrenamiento con entrada libre y gratuita.
13 a 18.30 hs. Verificación técnica y administrativa en el Estadio Polideportivo, Av. Juan B. Justo y España, entrada libre y gratuita.
21 hs. Agrupación de los coches en el Parque Cerrado, Bv. Marítimo frente al Hotel Provincial. Largada simbólica del Gran Premio transitando los coches desde el Hotel por Bv. Marítimo - Moreno - Buenos Aires - Av. Colón regresando al Hotel donde permanecerán hasta el día siguiente.
Día 6: 8.30 hs. Salida del Parque Cerrado, transitando por Ruta 11 hasta el Partido de General Madariaga.
10 a 18 hs. Se disputarán los 6 P.C. regresando a Mar del Plata.
Día 7: 10 hs. Salida del Parque Cerrado transitando por Ruta 11 hasta Miramar.
11 a 18 hs. Se disputarán los 5 P.C. regresando a Mar del Plata.
22 hs. Coronación y entrega de premios a los ganadores en Sobremonte. Av. Constitución 6690.

Del 7 al 15
TRIATHLON
VI Semana Internacional de Triathlón
Programación:
Día 7: Triathlón Short 750-20-5. Final Gran Prix Nacional.
Día 8: Campeonato Argentino Larga Distancia 2500-80-20. Noche entrega de premios triathlón short y larga distancia.
Día 9: recreación.
Día 10: Crono de ciclismo 10 km participación abierta.
Día 11: Duathlón 2-15-2 La Perla.
Día 12: Triathlón por equipos 1 natación, 1 ciclismo y 1 pedestrismo 75020-5.
Día 13: Natación aguas abiertas 1500 Varese-Bristol.
Día 14: Copa América infanto-juvenil - 9 a 17 años.
Día 15: Copa América distancia olímpica 1500-40-10. Prueba clasificatoria para Winnipeg '99. Noche fiesta clausura, entrega de premios distancias olímpicas.